

Libros

¿QUE ES EL FASCISMO?

El estudio del **fascismo** es el estudio de la lucha de clases durante los últimos cincuenta años y aunque en algunos países fuera derrotado tras la guerra de 1940-1945, el hecho de que se mantuviera en otros, como en España (aunque con todas las peculiaridades que se quiera) e incluso su reverdecimiento explícito en países del Tercer Mundo e implícito en algunos otros mucho más industrializados, hace que todo trabajo teórico que ayude a su mejor comprensión ha de ser recibido con alegría por el movimiento obrero (contra el que el fascismo va dirigido fundamentalmente) y sobre todo por sus partidos de clase, ya que parece innecesario resaltar la importancia de no caer en los mismos o parecidos errores que tanta sangre han costado al proletariado en particular, como a la sociedad en general. Este es el caso del trabajo de **Mandel** (1).

Pero, ¿qué es el fascismo? o, al menos, ¿cuáles son los rasgos comunes que pueden definir a una sociedad como fascista o con elementos prefascistas en su seno? Si respondemos a estas preguntas, necesariamente habremos dado un paso de gigante en la creación del «armamento» necesario para su combate, primero, y para su destrucción, después.

Mandel señala varias concepciones que han circulado, y alguna de ellas circula todavía, aunque, y únicamente por aplicar un método que entendemos correcto, dejemos para el final una de ellas: la concepción mantenida por la III Internacional y por los partidos comunistas adscritos a ella.

Para la socialdemocracia, que en esa época por oportunismo no había roto todavía el cordón umbilical que lo unía al marxismo vulgar, fatalista y objetivista de Kautsky, la culpa del ascenso del fascismo se debía a la acción de sus «opponentes», dado que según su punto de vista la correlación de fuerzas no era favorable, y olvidándose que su propia pasividad estaba modificando esa correlación pero en sentido contrario, es decir, a

favor de los enemigos de clase. Ya que justamente esta «moderación» frente al evidente (en ese momento) fracaso de su parlamentarismo burgués y la falta de una alternativa válida, no sólo para la clase obrera sino para la pequeña burguesía, hará que ésta bascule ante el gran capital en el convencimiento de que éste sería el vencedor.

Evidentemente, el fascismo necesita en sus momentos de iniciación y sobre todo en la etapa previa a la conquista del poder, contar con una organización de masas, cuyo único origen puede ser el de las capas de la pequeña burguesía. Capas que en momentos de crisis, y dado que como tales no tienen papel alguno a desarrollar autónomamente, basculan indecisas entre un capitalismo que va devorándoles y proletarizándoles, por un lado, y un movimiento obrero que en un momento de enfrentamiento no es capaz de dar una alternativa, no sólo que recoja las aspiraciones de su clase, sino también la de aquellas fracciones de esa pequeña burguesía.

Cuando ha habido un partido revolucionario fuerte, y así lo entiende Mandel, como es el caso de Rusia en 1917, el partido ha sabido atraerse a amplias capas de esta clase a su terreno, como fue el caso del campesinado. Sin embargo, en la década de los 30, el movimiento comunista había cambiado tanto, gracias a la obra de Stalin, que el fascismo se impuso y sólo pudo ser derrotado tras una guerra mundial con el coste suplementario de que si el enfrentamiento hubiera sido nacional, la clase obrera habría dado pasos de gigante en su camino, mientras que así supuso en gran parte la consolidación del capitalismo.

Y es que esta pequeña burguesía, como señala Poulantzas, se la puede definir por su «individualismo» pequeño burgués, atractivo hacia el «statu quo», temor a la revolución, mito de la «promoción social» y aspiración hacia el estatuto burgués, creencia en el «Estado neutro» por encima de las clases, inestabilidad política y tendencia a sostener «Estados fuertes» y bonapartismo, formas de revuelta de tipo arbitrario pequeño burgués.

Con estas características, la promoción del terror fascista y la «moderación» y legalismo de las fuerzas obreras parece obvio reconocer que



es un caldo de cultivo excelente para nutrir el aparato de masas que el fascismo necesita en su primera etapa. Por si fuera necesario remachar este aspecto y aunque ello nos obligue a reproducir una cita, quizá excesivamente larga, transcribimos la siguiente afirmación de Lukács (2): «Yo viví el nacimiento del fascismo en Alemania en sus últimos años y sé muy bien que muchísimos jóvenes se adhirieron entonces a la causa fascista, partiendo de una indignación honesta contra el sistema capitalista. En muchos casos su impaciencia —unida a la incapacidad históricamente determinada del Partido Comunista para cambiar la sociedad y la evolución alemana— elevó a jóvenes perfectamente honrados al campo del fascismo».

Ernest Mandel desmonta a su vez teorías como la de Nolte de «no-simultaneidad», es decir, de supervivencia de viejas formas históricas de la sociedad contemporánea, ya que aunque admite que **las ideologías de periodos históricos anteriores (...) juegan un papel no desdeñable en la ideología del Fascismo y en la Psicología de masas de la pequeña burguesía desclasada que constituye la base social de los movimientos fascistas de masas**, señala el error de éste al sacar como conclusión que por tanto el fascismo como ex-

(1) Ernest Mandel: **El fascismo**. «Akal 74». Madrid, 1976.

(2) **Conversaciones con Lukács**. Alianza. n.º 190, 1969, págs. 199.

presión de **las tendencias milita-
ristas y arcaicas hunde sus raíces**
en la naturaleza y, por lo tanto, la
desconecta específicamente del capi-
talismo, ya que si es cierto lo pri-
mero, es evidente el hecho de que
sobre esta agresividad encaja una
forma particular, social, política y mili-
tar que jamás antes había existido.
**Consecuentemente, el fascismo
es un producto del capitalismo
monopolista e imperialista.**

Pero pasemos al núcleo central de la
obra, en el cual se analiza la teoría
del fascismo de Trotsky que Mandel
descompone en seis elementos,
elementos que vamos a tratar de re-
sumir (utilizando sus propias pala-
bras) lo más brevemente posible.

a) El auge del fascismo es la expre-
sión de una grave crisis social del
capitalismo maduro. Se trata funda-
mentalmente de una crisis de repro-
ducción del capital, es decir, de la
imposibilidad de proseguir una acu-
mulación «natural» de capital dada la
concurencia a nivel de mercado
mundial. La función histórica, por
tanto, de la toma del poder por los
fascistas consiste en modificar por la
fuerza y la violencia las condiciones
de reproducción del capital en favor
de los grupos decisivos del capital
monopolista.

b) En las condiciones actuales (...),
la dominación política de la burgue-
sía se ejerce ventajosamente en el
seno de la democracia burguesa que
ofrece, entre otras, la doble ventaja
de suavizar periódicamente las con-
tradicciones explosivas mediante
ciertas reformas sociales, y de hacer
participar directa o indirectamente a
un sector importante de la burguesía
en el ejercicio del poder político, lo
que significa la realización y la nega-
ción a las tendencias inherentes al
capital monopolista.

c) En las condiciones actuales del
capitalismo, una centralización tan
enorme del poder del Estado es
prácticamente irrealizable por me-
dios puramente técnicos, dada la
enorme desproporción numérica en-
tre asalariados y detentadores del
gran capital. Por esta razón es nece-
sario un movimiento de masas que
movilice un gran número de indivi-
duos.

d) Esta masa sólo puede proceder
de la pequeña burguesía y, dentro de
ésta, de elementos desclasados que
recurren a la violencia física abierta
contra los trabajadores, sus accio-
nes y sus organizaciones. Es en este
momento en que nace el **movi-
miento fascista**, cuando necesita
del apoyo político y financiero del
capitalismo monopolista para llegar
al poder.

e) La diezmación y el aplastamiento
previos del proletariado, indispen-
sables para la implantación de la dic-
tadura fascista, no son posibles si
anteriormente la balanza no se ha
inclinado **ya** a favor de las bandas
fascistas y en contra del proletariado,
por lo que la victoria del fascismo
traduce la incapacidad del movi-
miento obrero para resolver la crisis
del capitalismo maduro de acuerdo
con sus propios intereses y objeti-
vos.

f) Una vez consolidado el aparato,
se burocratiza y se desmantela la or-
ganización de masas. La dictadura
fascista tiende por sí misma a des-
truir su propia base de masas. Las
bandas fascistas se convierten en
apéndices de la Policía, y en su fase
de declive el fascismo se transforma
de nuevo en una forma particular de
bonapartismo.

Hasta aquí la visión de Mandel sobre
la teoría trotskista, pero antes de pa-
sar a analizar cuál fue la táctica em-
pleada por la III Internacional, seña-
lemos cómo de alguna manera es
válido el esquema para situaciones
como la española (recordemos el
desmantelamiento de masas de
1940-45, por ejemplo), sobre todo
porque al conservar en 1936 el pro-
letariado su combatividad, estuvo a
punto de convertirse la confronta-
ción en un poderoso ascenso revol-
ucionario.

Para la III Internacional, el objetivo
primordial de los partidos comunis-
tas no era la detención del fascismo,
ya que considerando que éste no era
más que la última fase de un capita-
lismo agonizante y que por lo tanto
su ascenso y toma del poder eran,
lógicamente su «canto de cisne»
que daría paso **necesariamente** al
proletariado. Su lucha debía cen-
trarse contra la socialdemocracia, a
la que se la denomina como social-
fascista, e incluso llegando más allá
en el «análisis», se la considera el ala
moderada del fascismo. Poulantzas
(3) sistematiza así el análisis de la
Komintern:

Subestimación del peligro fascista,
pero también no comprensión del
carácter preciso y del papel histórico
del fascismo. El fascismo no sería
más que un episodio pasajero en el
proceso revolucionario que se hundi-
rá en cierto modo **por sí solo**, ya
que el fascismo no era más que un
episodio pasajero del proceso revol-
ucionario, y se consideraba **como
positivo** en cuanto propiciaba la
propia destrucción del sistema capi-
talista. Es decir, se trata de una **con-**

(3) Poulantzas: **Fascismo y Dictadura**. Siglo
XXI, 3.ª edición, 1973, pág. 45.

trarrevolución previa a la revolu-
ción.

Consecuentemente con lo anterior,
se preconiza el frente único. Frente
que, como señala Claudin (4), no
podía hacerse bajo el lema preconiz-
ado por Thaelman y criticado por
Trotsky, de derrocamiento inmediato
del capitalismo; sino que había que
dirigirse a los obreros socialdemó-
cratas en términos así: «Vosotros
confiáis en la democracia; nosotros
creemos que la salida está sólo en la
revolución. Pero nosotros no pode-
mos y no queremos hacer la revolu-
ción sin vosotros. Hitler es ahora el
enemigo común. Después de ha-
berle vencido, haremos junto con
vosotros el balance, veremos cómo
continuar el camino».

Hemos sacado a colación esta cita
de Trotsky hecha por Claudin para
señalar cómo el movimiento obrero
ha de dejar a un lado dogmas y es-
quemata prefabricados y recoger
todo lo válido de todas las experien-
cias y de todos los autores marxis-
tas, olvidando los «apellidos» peyo-
rativos con que hasta ahora se ha
motejado a los no conformistas con
las ortodoxias impuestas en cada
grupo.

Mandel, que se ha ganado una auto-
ridad indiscutible sobre todo desde
que en 1962 apareció su «Tratado de
Economía Marxista», y cuyos análi-
sis económicos le llevaron a vaticinar
en 1964 la crisis del sistema capita-
lista de los años setenta y su fase
más aguda para 1978 (5), pasa a con-
tinuación a explicarnos, en alguna
medida, las motivaciones del folleto
que comentamos. **El fascismo es
evitable**, aunque distinguiéndole de
los movimientos autoritarios que se
den en el mundo semicolonial, en
donde se pueden producir alianzas
entre la clase obrera y la burguesía
nacional contra el imperialismo ex-
tranjero y en favor de su indepen-
dencia nacional (6) y en los que in-
discutiblemente pueden darse ras-
gos fascistoides, pero no podrá
darse un proceso fascista en función
justamente de que éste se corres-
ponde con un capitalismo monopo-
lista desarrollado, allí inexistente.

Y, sobre todo, es evitable en Europa
donde la burguesía ya corrió una
aventura cuyo costo resultó excesivo.
«En este sentido, la reorientación
de los partidos comunistas de Eu-
ropa occidental responde parcial-
mente a una necesidad del capita-

(4) F. Claudin: **La crisis de la Internacional
Comunista**. Tomo I, pág. 127; Ruedo Ibérico,
Paris.

(5) Entrevista en «Triunfo», n.º 693.

(6) Poulantzas: **Clases sociales y alianzas
para el poder**.

lismo, de la burguesía», ya que ésta «no tiene miedo a los partidos comunistas, no tiene ninguna razón para ello», porque «su proyecto es mantenerse dentro del marco de la economía burguesa... Lo que la burguesía no sabe, lo que no puede asegurar, es que la clase obrera vaya a entrar en ese juego».

Mandel termina señalando como foco potencial del fascismo a los Estados Unidos, debido a la menor experiencia de su burguesía en cuanto a «costos» respecto a su homónima europea.

En definitiva, importante trabajo que ojalá leyeran y discutieran todos aquellos que luchan aquí y ahora por la democracia, para que las últimas palabras de Mandel lleguen a ser ciertas: «La catástrofe alemana (...) no debe repetirse». Y no se repetirá ■ **VALENTIN MEDEL ORTEGA.**

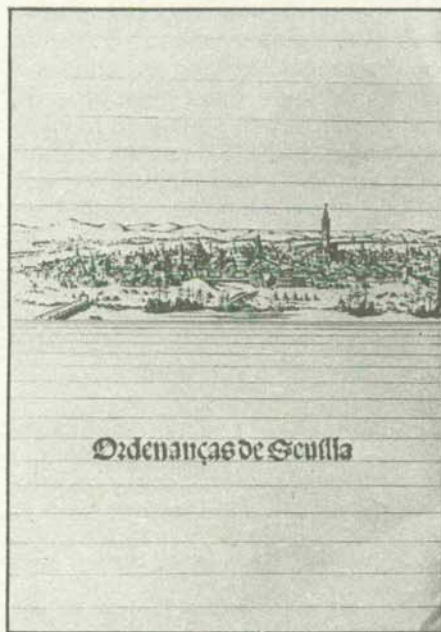
LAS ORDENANZAS DE SEVILLA

Víctor Pérez Escolano y Fernando Villanueva Sandino han preparado la edición de un libro singular: la publicación facsímil de las **Ordenanzas de Sevilla**, según la edición del año 1632, patrocinada por la Oficina Técnica de Arquitectura e Ingeniería.

La edición de entonces sigue puntualmente otra de 1527. Entre esos años de 1527 y 1632 sitúan los editores los años del esplendor sevillano, que historiara el maestro Domínguez Ortiz en su «Orto y ocaso de Sevilla» (segunda edición en Colección de Bolsillo de las Publicaciones de la Universidad de Sevilla, n.º 31). Salta efectivamente la ciudad de los cuarenta y cinco mil habitantes a los ciento cuarenta mil. Sevilla fue la cornucopia, «la puerta por donde se derramó aquel torrente de riquezas, de conocimientos nuevos, de sustancias desconocidas: oro, plata, perlas, tabaco, cacao, maíz, animales raros, hombres y mujeres de razas exóticas. Este cúmulo de novedades provocó una fermentación prodigiosa, una revolución sin precedentes en todos los órdenes de la vida, cuyas consecuencias se dejaron sentir, por supuesto, en Sevilla antes que en ninguna otra parte». El propio Domínguez Ortiz, relator de este auge, nos cuenta cuándo comienza el descenso. En el tomo IV de la Historia de

Sevilla (escrito en colaboración con Aguilar Piñal y editado también por la Universidad Hispalense), señala cómo después de la epidemia de peste de 1649, Madrid tomaría la delantera y quedaría Sevilla segunda (en unión de Valencia), hasta que a fines del siglo XVIII fueran rebasadas por la pujante Barcelona.

Las Ordenanzas recopiladas en 1527 pueden ser agrupadas —según sus actuales editores—, en tres apartados. Uno referido a los derechos y obligaciones de los ciudadanos; un segundo destinado a la regulación del territorio; uno, tercero, más importante, regulador de las actividades que sostienen la ciudad y a sus habitantes. Y así de los varios índices de la obra (en los que ha intervenido también Antonio González Cordon) el temático pasa de los ciento treinta, con apartados tan curiosos como el «corte de narices». El corte de narices era uno de los castigos previstos para las «mugeres barraganas y desonestas». Bien es verdad que no para todas, sino sólo para la que tuvieren por «mayoral» («a manera de abadesa») y después de haber sido castigada por dos veces (cincuenta y cien azotes, respectivamente), en caso de que no ejercieran su viejo oficio en una mancebía pública... A la hora de huronear entre títulos y apartados, la verdad es que —como simple lector con ánimo de enterarse y no como bibliófilo o bibliómano— se preferiría una edición en castellano de hoy y con letra actual. Pero esto es ciertamente otra historia, que no quita mérito a esta interesante edición de las ordenanzas sevillanas ■ **V.M.R.**



LAS CONSTITUCIONES ESPAÑOLAS

La Historia de la España moderna se resume sin duda en la historia de sus **Constituciones**. En estos cuerpos legales se reflejan fielmente los avatares sucesivos de nuestro mediato acontecer político: los convulsivos saltos al frente de las fuerzas progresistas, las reacciones no menos violentas —y sí casi siempre de consecuencias más trágicas— de las fuerzas conservadoras, los esporádicos remansos en que fue posible algún, siempre breve, compromiso.

Pues si algo distingue a la mayor parte de nuestras leyes fundamentales y explica al mismo tiempo sus repetidos fracasos es precisamente su carácter en exceso partidario. Cada constitución es como un traje que se hace a la medida cada partido y que, bien por exceso bien por defecto, su antagonista no podrá luego llevar puesto.

A pesar de tan evidentes limitaciones, preciso es reconocer el avance democrático efectivamente realizado a lo largo de esa tortuosa y difícil senda constitucional que se inicia en la isla de León con el histórico reconocimiento por aquellas Cortes de la soberanía nacional («La soberanía reside esencialmente en la Nación y por lo mismo pertenece a ésta exclusivamente el derecho a establecer sus leyes fundamentales») y que culmina en el texto elaborado por las Cortes Constituyentes de 1931 y cuyo primer artículo no me resisto a copiar íntegramente: «España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia. Los poderes de todos sus órganos emanan del pueblo. La República constituye un estado integral, compatible con la autonomía de los Municipios y las regiones. La bandera de la República española es roja, amarilla y morada».

Esa historia constitucional española, deliberadamente olvidada en los textos escolares de nuestra adolescencia, ofrece, qué duda cabe, un singular interés precisamente en estos momentos en que el país anda empeñado en un parto democrático que un sector de recalcitrantes se obstina en hacer especialmente difícil. Y es que, comparado con la inefable legalidad de los últimos cuarenta años.